

Los desconocidos y juveniles versos de Nicomedes Guzmán

David Hevia

Óscar Nicomedes Vásquez Guzmán, quien se hiciera universalmente conocido como Nicomedes Guzmán (1914-1964), escribió su primer libro cuando apenas cumplía los veinte años de edad. Sin embargo, aquellos textos no formaron parte de las obras publicadas en vida por el autor de títulos tan emblemáticos como *La Sangre y la Esperanza* (1943) y *Los Hombres Oscuros* (1939). En efecto, las palabras que inauguran su literatura no proceden de la prosa, sino del verso. En 1934, el inquieto santiaguino compuso un cuaderno de poemas que, dedicado a su amada, Lucía Salazar, fue diseñado en formato de ejemplar único, rotulado e ilustrado a mano por él mismo. El volumen permanecería en el olvido por medio siglo, hasta que su hallazgo en un antiguo baúl sorprendió a los familiares, quienes donaron la simpár pieza a la Biblioteca Nacional -que la restauró- y respaldaron el cometido de la Fundación, del Centro Cultural Altiro y de Editorial Victorino Lainez para rescatar el poemario. Gracias a esa iniciativa, la hasta ahora inédita voz primitiva del vate comienza a circular.

Llamado *Croquis del Corazón*, el libro fue firmado en esa época bajo el seudónimo de Darío Octay. Las páginas del manuscrito permiten hoy matizar toda aproximación posible a la biografía del escritor y, especialmente, explorar las influencias que sobre él ejercieron tanto el modernismo como el vanguardismo. Todavía inclinada hacia una métrica clásica, de fuerte estampa alejandrina, esta obra de Nicomedes Guzmán posee la belleza sencilla que habita en versos como *Cierra el ojo del día su párpado tremendo*, al tiempo que, filológicamente, hace posible identificar con nitidez el peso que aún ejerce *Crepusculario*, de Pablo Neruda, y, asimismo, anticipar la cadencia poética que años más tarde se instalará en *La Ceniza y el Sueño* (1938) e incluso en extensos pasajes de sus novelas. Para celebrar este descubrimiento, *Alerce* comparte aquí las estrofas que pacientemente esperaron pasar del ejemplar único a la feliz multiplicación de sus lectores.

Prisma

El otoño llorando lágrimas de oro en hojas,
los brazos de la tarde pálidos en el sol
extendiendo una súplica a las horas fugaces...

El racimo del ángelus exprimiendo sus granos
en ritmos olorosos a inciensos y a tristezas
sobre mi corazón desgarrado en la pena...

Yo, alargando los ojos a través del crepúsculo
que viene cabalgando sobre la hora gris...

Lejana, me envías sonrisas precursoras de besos
y te beso a la sombra del amor fenecido...

Musita el viento su canción caduca
y los labios exangües extáticos se enredan
en mi imaginación...

Cierra el ojo del día su párpado tremendo.

Mi alma frente a las noches te devora en la
ausencia...



Crepuscular

De pie en la encrucijada
de nuestro amor palidecido,
vuelto hacia tus polos
soy una brújula, mirándote.

Como un puñado de besos
sobre una coordenada imposible,
me baño en tu recuerdo,
y tú no dices nada;
pero cierras los párpados
en todos los astros;
porque al exprimir el racimo
de mis besos
en tu carne blanca,
viví en ti;
y porque mi corazón llameante
alarga sus lenguas hacia tu lejanía;
y porque tus ojos son verdes;
y porque mi bohemia es blanca,
lejos, estamos unidos
como mar y velas...

Vuelto hacia todos los vientos
la desesperanza flamea sus banderas
donde están mis ojos y mi corazón...

Y tú miras mi ocaso
desde tu palio festivo,
espantando los recuerdos
que se retuercen sobre tu cabellera,
flotando al sol...

Y quieres reír alegrías
y lloras lágrimas...
Y yo me las bebo en el polvo
y en el viento,
como si probara tu sangre...



Imagen

En las páginas verdes de tus ojos lunados
yo leo la poesía simétrica de tu alma,
y en la caricia dulce de tu mirar arcano
yo me rindo a tus labios y a tus besos, amada.

Hay temblor de trigales bajo un cielo sereno
y cromo de copihues en tus labios sensuales;
y en las ondas doradas del mar de tus cabellos
aduerme un sol de estío sus rayos vesperales.

Como grávida luna de argentados efluvios
acaricias las noches de mi mundo interior;
tu voz, plácidamente, imita los murmullos
de la fontana clara de tu alma y su canción.

Mi espíritu es un niño hacia ti encadenado.
Me subyugan tus ojos y el alba de tu cuerpo.
Por lo hermosa y sencilla eres un lirio blanco
que ha brotado a mi vera para hacerme más bueno.
Junto a tu alma en mi alma se realiza el ensueño
y te sé más querida y extasiado te admiro.

ZOZOBRAS

Te veo tendido sobre la tarde
en esa línea que dibuja el tiempo
con sus silencios.
Cierro los párpados
como si la muerte nos arrastrara
con la furia de sus besos
hacia el mismo abismo
y luego nos abandonara desnudos
llevándose el clamor de los latidos,
en un hilo de seda sosteniendo nuestros labios.
Entonces me quedo recostada junto a tu cuerpo
navegando en la soledad de tus ojos,
mientras la desnudez de la luna
va derramando su piel
en la inmensidad del universo.
Y en ese momento, sin que lo adviertas,
cruzo a oscuras la tarde
buscándote en esa misma línea de tiempo
zozobrando oculta en tus rodillas,
y simplemente, me instalo, sin hablar,
en cada uno de tus sueños,
acariciando el lugar donde desaparece
para siempre la breve luz de tu ombligo.

Carla Andrea Zapata

UD.

Yo sospechaba que vendría a eso de la dos, pero preferí regar las plantas aunque quedara luego sin ese pretexto para no mirarle a los ojos mientras conversáramos. Siempre hablamos con más libertad cuando nuestros ojos no se encuentran, no sé bien por qué. Es como si apenas nos miramos tambaleara algo o se derrumbara el sentido de todo lo dicho o como si se nos deslizaran abruptamente las ropas hacia el suelo y eso me obligara a verle el pecho tan íntimo y no pudiera menos que volver la vista hacia cualquier macetero y llenarlo otra vez de agua, aunque esto ya fuera demasiado.

Si yo hiciera eso de regar huyéndole, Ud. me seguiría por la pequeña terraza alzando las manos para suavizar cualquier posible dureza que pudiera surgir de sus palabras. Sus ojos buscarían mi rostro escondido detrás de un mechón de pelo, o tal vez irían sonriendo agradecidos de poder mirar mi espalda con libertad y entonces no tardaría en descubrir aquel hoyo que en mi blusa blanca dejó una polilla y apenas viera mi piel a través de él, la turbación lo transformaría en un ojo que desde mi espalda empezaría a mirarlo y entonces usted avergonzado bruscamente se fijaría en los alelíos que para entonces se estarían inundando.

Las noches se están poniendo frías y en el alma se mete esa pequeña zozobra que es el miedo al invierno. Cuando el reloj dio las tres, mis ojos abandonaron las petunias para fijarse un rato en nada, un tiempo sin espacio. De ese instante vacío, y como un asteroide en la oscuridad, se me apareció la fatal idea de que quizá entendí mal, tal vez preguntó usted al pasar eso de si el lunes a mediodía estaría bien. Otras horas, otros días, mil posibles realidades bombardearon mi cabeza hasta que un no puede ser fue a estrellarse sobre las rosas, que este año se me han dado tan generosas. Aunque no veía las rosas, mis pensamientos flotaban sobre unas formas blancas que brotaban voluptuosas desde un verde pálido y delgado. Algo las mecía pero no pensé en el viento ni nada, sólo podía sentir la posible equivocación que me aturdiría.

Yo a usted no lo veía desde los doce cuando trepábamos los cerros de Calbuco a ese ritmo mío que era tan lento. Recuerdo que en ese entonces un día no cualquiera, mientras mirábamos un sapo bañarse en un charco tras las rocas, me confesó que en ningún otro momento se sentía tan contento como cuando paseaba conmigo, que nuestros detalles, que mi risa, mis cantos, que era tan extraño y le producía tanta alegría el que yo entendiera todo lo que hablaba, que eso no le había pasado con nadie y que por eso con otra gente era callado. Después de eso, sólo alcanzaron a pasar unos días durante los cuales permanecí suspendida, hasta que por un suceso familiar fatal, su padre se llevó a toda su familia lejos de aquí. Pasaban los siglos y usted no volvía. Un día al costado de nuestro árbol con mi chupalla blanca y mientras hacía patitos en el agua con unas piedras planas, se me ocurrió pensar que quizá no era tan difícil encontrar una persona que entendiera todo lo que uno habla. Justo después de ese pensamiento el último patito saltó como nunca y fue a dar a la otra orilla y en el brazo me quedó un tirón tan tonto que me dura hasta hoy.

Y resulta que hace unos días la vecina, así mientras podaba sus árboles y entre otras cosas, de pronto me dice que había sabido que Ud. vendría por estos lados el domingo. Mil veces imaginé su aparición por el Centro Comunitario, pequeños diálogos aparecían sobre todo al tender la ropa o cuando apagaba la luz por la noche. Pero siempre es todo tan distinto.

Recuerdo que ese domingo en que por fin le vi, había tanta gente que por casualidad fuimos a encontrarnos en la esquina del termo con galletas Tritón. Yo sacaba agua en un vaso plástico y Ud. como divertido dijo al aire que cómo después de tantos años no se les ocurría servir otras galletas. Encontré tan atrevido y genial que me hubiera leído el pensamiento, que toda mi emoción contenida explotó en una risa extraña, mi mano tiritó, unas gotas me quemaron el brazo, solté el vaso, el agua mojó las galletas, me dieron unas ganas de llorar a gritos y cuando estaba a punto, su

mano tomó la mía que viajaba a cubrir mi cara y su mirada me transmitió tanta comprensión que soltó el dique evitando la inundación de furia y vergüenza que provenía desde el pecho. Pienso que era de ahí que nacía el río. Luego de ese instante, por el cual le estaré eternamente agradecida, ninguno de los dos supo qué hacer. Nos sobrevino una pequeña turbación que nos llevó a hacer como si nada mientras compartíamos la misma visión: la señora Amelia y sus dientes grandes siempre mojados que ya secaba todo con un paño mientras no dejaba de observar lo que hacíamos a través de sus lentes siempre sucios, murmurando algo así como que esto nunca había pasado y que quizá el termo se había vuelto loco y yo justo pensaba en la locura que me había bajado y es que no era para tanto eso de que alguien dijera lo que yo justo pensaba. O sí.

De reojo supe que me miraba y en ese preciso instante me di cuenta de que no podía sentir una parte de mí. Dejé los dientes mojados y me encontré con que su mano abrazaba la mía. Nunca olvidaré ese cuadro en el aire que aún perduraba sin más motivo que el de estar juntos, pues el pretexto ya se iba desvaneciendo. Cuando de pronto la soltó, me sobrevino la pena de sentirme otra vez entera, había dejado de ser parte de su cuerpo.

Quise sentarme para recuperar el equilibrio y fue entonces que mencionó lo de las fotos. Mi madre Estela, dijo (y a mí al instante se me aparecieron las fotos en la caja de zapatos Calpany al fondo del ropero), ya es tiempo, ya me parece que puedo verlas y guardarlas y atesorarlas y hasta puede que elija alguna para poner sobre la cómoda, ¿no cree usted?, preguntó tan de sorpresa cuando yo aún seguía recuperando mi cuerpo desde la escena del aire. Sólo pude sonreírle quitando mi chaleco que había quedado cubriendo parte del asiento contiguo. Con ese gesto lo invitaba a sentarse a mi lado pero justo la señora Amelia estiró su mano con el té que no había podido servirme, creo que ella quería estar presente en lo que acontecía entre los dos. Hay personas que carecen de vivencias propias y no me importó porque en el Centro Comunitario somos muchas más mujeres que hombres y entiendo cómo los del otro sexo provocan en nosotras ese algo tan distinto, como si en vez de asomarse a la ventana una sintiera que se asoma a la vida, o más aún, como si la existencia misma empezara a darse cuenta de que una se ha asomado. Una se vuelve más nítida.

Cuando la señora Amelia percibió algo un poquito adverso en el ambiente, decidió retirarse y entonces Ud. por fin ocupó la otra silla. ¿Cómo me encontró?, pregunté. Busqué en la arena dos huellas desiguales y seguí el camino hasta aquí, dijo sonriendo. No entendí bien pero no importó. Después de encontrarnos, empecé a escuchar una voz suya que decía cosas así como Laurita, si usted pudiera tan sólo regar las plantas de otra manera menos sutil, y es que eso me nubla la mente y apenas me salen las palabras. Si pudiéramos conversar como cualquier persona de eso o de aquello, de ese estúpido edificio, por ejemplo, que han construido al frente y que le ha tapado el sol a sus flores, o bien del tiempo. Si tan sólo lográramos restarle la ternura a algunas frases y olvidáramos ese trato como si fuéramos de papel de seda. Laurita, disculpe que se lo diga, pero es que esa planta usted ya la regó.

Cuando por fin sentí sus pasos en el pasillo,



aparecieron mil momentos torpes y silenciosos, casi como que no quería que fuera Ud. A veces pienso que no sé bien estar con nadie, me pongo a pensar en cómo voy a ser, cómo voy a estar, dónde nos vamos a acomodar, qué haré con mis manos si nos sentamos a conversar, aunque desde el lunes ese problema ya tiene solución porque me compré un pañito de centro de mesa ribeteado para bordar unas hojas, verde claro y verde oscuro, en la cordonería me mostraron la idea original en una revista. Son unas hojas alargadas como de geranio o de copihue. Quizá podría hasta agregarle un copihue. Sí, quizás.

Sonó el timbre y en ese momento recordé que andaba con pantuflas. Rápidamente las deslicé bajo la mesita de entrada y abrí sin tener tiempo de sentir vergüenza. No sé cómo fue que usted inmediatamente se fijó en mis pies y ahí se quedó mirándolos al mismo tiempo que mis dedos se iban encogiendo de a poco como para aminorar la desnudez. Mi pierna más corta quedó en el aire y entonces fue a esconderse tras la pantorrilla de la otra. Por un momento me figuré que a Ud. le parecí un flamenco (eso fue por meterme en su mirada), pero luego algo me dijo que no era eso lo que pasaba por su cabeza y era yo la que me sentí como una de esas hermosas aves apenas escondí mi pie frente a Ud. Cuando no aguanté más el pudor, interrumpí todo haciéndolo pasar y me disculpé diciendo que iba a buscar mis zapatos. Entonces me rogó que no, que si me ayudaba, también se sacaría los suyos. Yo enrojecí, todo se volvía muy íntimo.

Después se puso a reír mirando las hojas del árbol japonés que cubrían el piso mientras le explicaba que era el viento el que las traía hasta la sala y que me gustaba dejarlas ahí porque es hermoso ver esa alfombra crespada de diferentes amarillos, naranjas y ocres y terracotas. Entonces dijo Ud. que sólo en mi departamento perduraba la cordura, que muchas veces en la capital miraba a los jardineros barrer obsesivamente las hojas del pasto en los parques y que no entendía que trataran algo tan bello como basura. Luego agregó que le parecía que aquí el orden de las cosas era otro y lo mencionó así con las manos arriba como pidiendo disculpas porque creo que pensaba que yo era muy frágil y sospecho que por eso mismo cuando nos saludábamos, dejaba caer los hombros hacia adelante, usted bastante más alto que yo, y mientras ofrecía la mejilla, parpadeaba nervioso unos segundos y luego cuando la rozaba con mis labios, cerraba definitivamente los ojos, así como cuando uno decide entregarse al mundo del sueño antes de dormirse. Yo entonces me quedaba ahí posada en su mejilla para siempre y algo se apagaba. Creo que el ruido de la calle no se escuchaba más.

Después conversamos en la pequeña terraza, ese día empecé mi bordado. Ud. trajo una pipita para tallar, fue muy cómodo. No tuvimos casi que mirarnos, sólo nos observábamos los pies.

En un momento preguntó por la cajita Calpany y yo la fui a buscar. La traje envuelta en un velo que guardaba de su madre y la puse sobre la mesa. Mucho rato se quedó mirando el velo. Fue tanto que me puse a regar las plantas de adentro y de reojo lo miraba. De pronto, y también de reojo, lo vi con sus brazos hacia adelante cerca del encaje como si titubeara de tocar a su madre. Yo mientras rengueaba alrededor de lo que sucedía sentía un poco de dolor en la cadera y una libertad muy inusual.

Poco antes del anochecer, nos fuimos caminando a la estación. Usted con la cajita bajo el brazo y yo sintiendo algo muy profundo, como si en vez de ir caminando recto por esas cuerdas hubiéramos ido hacia abajo, adentrándonos en algo al mismo tiempo que desapareciendo. Eso me hacía sentir un calor en el cuerpo, un calor rápido, como una descompensación.

Yo a Ud. no lo vi bien, aunque a mí nadie me encuentra muy bien desde hace tiempo, mis familiares cuando vienen hacen comentarios que no comprendo. Pero en ese último trayecto lo sentí de un ánimo como alargado, decía pocas cosas mientras miraba los adoquines, creo que imaginaba tristezas que aún no existían.

Isabel Poblete

Escribenos a alerce@sech.cl